guir el hilo de las importantes revelaciones que hemos adquirido. Al mismo Mondragón es necesario ocultárselo: lleva con don Celso una amistad íntima y muy antigua, y tal vez con la mejor buena fe del mundo pudiera hacernos un perjuicio: yo meditaré el modo de arrancar una confesión de la vieja Pilar, para descubrir á los padres de Leonor; y buscaremos al tío Lalo y á ese padre Bernal, y los encontraremos, aunque sea debajo de la tierra. Y usted, señora Salvadora, mucho cuidado con decir una sola palabra, porque si por conducto de usted alguna cosa se llegara á saber, yo sabría castigarla de una manera terrible, ¿lo entiende usted? terrible.

CAPILLA ALFONSINA

XIV

Una confidencia imprudente

Don Celso se había tornado más sombrío, desde aquel día fatal en que Inés le había anunciado su resolución de casarse con Pablo, y que Alejandra se escapó de entre sus garras. Salía muy poco á la calle: sin embargo, no dejaba de ir á la casa de Inés, fingiendo á ella y á Pablo la amistad más franca y desinteresada.

El matrimonio debía verificarse de un momento á otro, y don Celso tomaba ya sus providencias. El deseo más innoble de venganza devoraba su corazón, y estaba decidido á ver morir á Inés antes que permitir que fuese esposa de Pablo.

El sitio era cada día más estrecho, y comenzaba á haber por todas partes, gritos, tumultos y murmuracio-

nes: las tropas se apoderaron de cuantos depósitos de semillas, grandes ó pequeños, llegaron á descubrirse en la ciudad.

Los austriacos entraban á mano armada á cualquier habitación, recogiendo cuanto encontraban, en clase de víveres, sin respetar ni los de las familias particulares.

Don Celso, perteneciendo á la policía, no sólo estaba garantizado de aquellas exacciones, sino que él mismo, y bajo de cuerda, las aconsejaba algunas veces, sacando de allí todo lo que necesitaba para el uso de su casa. Así es que su despensa era indudablemente una de las mejor provistas.

Hacía varios días que don Celso y Mondragón no se habían encontrado, y por esto Valdespino no estaba al tanto de nada de lo que había ocurrido con Leonor en la casa de Caralmuro.

Una tarde don Celso sintió que le tocaban el hombro, al volver de la casa de Inés.

— Amigo don Celso, le dijo Mondragón, porque él era quien le había tocado: ¿qué ha sucedido con usted que no se deja ver?

— Estoy tan ocupado con esto de la escasez de víveres, que no me ha sido posible pasar á visitarle.

— ¡Pero qué! ¿le ha llegado á faltar á usted?

— ¡No á mí precisamente; pero tengo que buscar para otras muchas bocas!

CAPILLA ALFONSINA

— ¿Ha sido usted nombrado proveedor?

— No: para los pobres, ya usted sabe.

— Usted siempre tan caritativo.

— No diga usted eso, dijo don Celso, fingiendo ruborizarse. Vamos andando, y hablemos de otra cosa: supongo que estará muy próximo el casamiento de usted con Leonorcita.

— ¡Ay, amigo! ¿pues no sabe usted todo lo que ha ocurrido por la casa de Caralmuro?

— No: ¿qué ha sucedido?

— Seguramente nada le ha dicho á usted don Juan, por no mortificarle; pero se ha descubierto que la tal doña Salvadora... ¿la conoce usted? la que hacía de madre de Leonor...

— Sí, sí, la conozco.

— Pues que esa nos ha engañado á todos: á usted, á don Juan, á mí, y hasta á la misma Leonor.

— ¿Pero cómo?

— Muy fácilmente; porque ni Leonor es Alejandra, ni don Juan es su padre, ni nada de todo lo que nos había contado. Vamos, si yo creía que usted estaba enterado de todo.

— No; pero supongo que don Juan ni un momento habrá sospechado de mí.

— ¡Qué locura! Si hasta la misma Leonor, que vivía con doña Salvadora, ha resultado inocente de todo.

— ¿Y cómo se ha hecho ese descubrimiento?

— Por una casualidad, por una verdadera casualidad: don Juan encontró en la iglesia de Jesús María al mismo que había criado á Alejandra, á la verdadera Alejandra, es decir, á su hija; un tal don Plácido.

— ¡Don Plácido! dijo don Celso estremeciéndose y procurando ocultar su palidez.

— Uno de por allá de por la Costa. Y ese fué el que descubrió todo el enredo, y el que le dijo á don Juan que ni aquella era su hija, ni había tal cosa. Llamó el amigo Caralmuro á doña Salvadora, y cantó de plano.

— Pero ¿qué dijo esa mujer?

— Nada; que los había engañado á todos. Don Juan ha querido seguir la averiguación, porque está sumamente indignado, pero Leonor está tan enferma de resultas de las emociones de ese día, que don Juan ha resuelto suspender todo paso hasta que ella se restablezca.

— ¿Y usted qué piensa hacer?

— Si se confirma la inocencia de Leonor, casarme con ella, para hacer la felicidad de esa pobre niña; y si no, si resultara culpable, hacer todos los esfuerzos para que el castigo caiga sobre todos los culpables.

— Pues que Dios le saque á usted con bien; y aquí me quedo, porque tengo que entrar un momento á mi casa. No deje usted de contarme cuanto pase en este negocio: ya sabe usted lo que me ha interesado siempre

CAPILLA ALFONSINA

su felicidad; y en cuanto yo pueda serle útil, con confianza.

— Ya lo sé, don Celso.

Los dos se apretaron las manos, y se separaron.

Una nube negra comenzaba á anunciar una tempestad en la existencia de aquel hombre. Doña Salvadora podía decir, ó tal vez había dicho ya á don Juan más de lo que Mondragón le había contado.

Don Juan no le había ido á ver, no le había llamado para pedirle informes: era más que seguro que desconfiaba de él; era más que seguro que había avanzado ya tanto en sus pesquisas, que le consideraba ya, si no como el reo principal, sí al menos como uno de los cómplices de aquella trama inventada para engañarle. Era, pues, preciso, impedir que Caralmuro diese algún paso, al menos mientras él estaba satisfecho de lo que pensaba.

Las circunstancias no podían ser más á propósito.

La escasez de recursos en las cajas del ejército imperial que defendía la ciudad, era cada vez más apremiante; se habían agotado por el general Márquez todos los medios lícitos de proporcionarse dinero. Como nadie creía en el triunfo de los sitiados, ni sus partidarios mismos se atrevían á hacer ninguna especie de desembolso para ayudarlos, teniendo, como tenían, la seguridad de no ser reintegrados.

En aquel estado de cosas, se determinó Márquez á usar

de los remedios extremos. Los ricos eran sacados de sus casas, y conducidos á la presencia del general en jefe: allí se les notificaba la cantidad, siempre excesiva, con que habían sido cuotizados, y no se les permitía ni volver á su casa, ni salir de un cuarto, ni aun moverse de un lugar, mientras no se entregaba aquella cantidad.

Ni llantos, ni súplicas, ni ruegos, ni empeños de ninguna clase valían entonces; y sólo la entrega del dinero bastaba para sacar á un hombre de aquella situación.

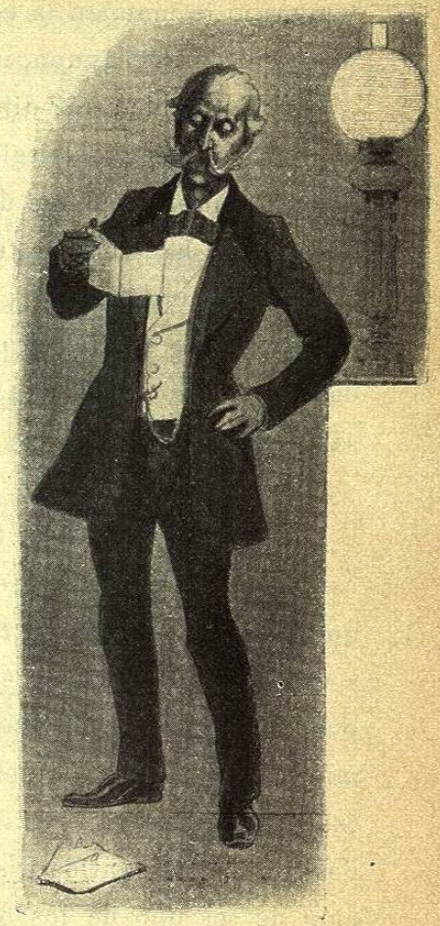
Pero aún había más: cuando algún rico, sabiendo los atentados que se cometían, procuraba ocultarse, entonces la policía se apoderaba del padre, de la mujer ó de los hijos, haciéndoles sufrir los mismos tratamientos; y llegó el caso de verse á un niño conducido á una trinchera, y expuesto allí al fuego de los sitiadores.

Caralmuro estaba reputado en México por un hombre rico, y don Celso comprendió que por este lado debía dirigir el golpe.

No había que perder un momento: y al separarse de Mondragón, se ocultó en un zaguán hasta que le vió desaparecer, y luego se dirigió en busca del general Márquez.

Una hora después, dos empleados de la policía aparecían en la casa de Caralmuro, notificándole que inmediatamente, en compañía de ellos, se presentara en el Cuartel General.

Don Juan sabía lo que esto quería decir, y comprendía lo que se le esperaba. Se despidió de Leonor sin decirle el objeto de su salida; encargó su casa á don Plácido confiándole lo que pasaba; y tomando su sombrero, siguió resignado á los agentes de policía.



Don Plácido quedó con la mayor inquietud. Las horas pasaban unas tras otras, y ni don Juan volvía, ni había la menor noticia suya. Don Plácido no se acostó en toda la noche.

Por fin, á las dos de la mañana, oyó llamar fuertemente al zaguán, se asomó al balcón, y á la luz de los reverberos de la calle, vió á un soldado que golpeaba la puerta.

—¿Qué se ofrece? gritó don Plácido desde el balcón.

—¿Aquí es la casa de don Juan Caralmuro? preguntó el soldado desde abajo.

—Sí: ¿qué cosa quería?

—Que aquí traigo una carta de parte suya.

—Pues aguarde un poco, que voy á abrir.

Don Plácido bajó la escalera, hizo abrir el zaguán, y recibió un pliego de manos del soldado.

—Me dijo de palabra, dijo el soldado, que mañana temprano le manden la contestación, y que no le lleven ni comida, ni desayuno, ni nada, porque allá tiene todo.

—¿En dónde está? dijo don Plácido.

—En Santiago Tlaltelolco. —¡Ah! se me olvidaba, y me dijo también que me dieran su capa, para llevársela, porque allá hace mucho frío y no tiene con qué taparse.

—Está muy bien.

Un lacayo subió por una capa, se la entregó al soldado, se cerró el zaguán, y don Plácido se dirigió á la sala para leer la carta de Caralmuro.

Era un simple recado, concebido en estos términos:

«Amigo don Plácido: Se exigen por mi rescate, cuarenta mil pesos. Estoy seguro de no tener en caja más que la mitad. Vea usted temprano al amigo Mondragón, á ver si se puede hacer el entero mañana mismo. Nada pude conseguir. Estoy satisfecho de que algún enemigo mío, que no imagino quién será, trata de arruinarme por este medio. Hombres más ricos que yo han sido cuotizados con menor cantidad. Además, pesa sobre mí la acusación de ser uno de los banqueros de los Republicanos. Adiós. — CARALMURO.»

Aunque don Plácido, por su antiguo conocimiento con don Juan, poseía toda su confianza, por el poco tiempo

que llevaba de vivir á su lado, no podía saber ni quiénes eran sus enemigos, ni cuáles los recursos con que contaba para pagar la suma que se le exigía por su rescate. La carta no le decía más, sino que contara con veinte mil pesos de la caja, y que se pusiera de acuerdo para el resto con don Felipe Mondragón; y por muchos deseos que tuviese para activar el término del negocio, era necesario esperar que amaneciera.

Don Plácido se tiró vestido sobre su cama, pero no pudo conciliar el sueño; la noche se le hacía eterna; y á riesgo de pasar por imprudente, á las seis de la mañana entraba en la casa de Mondragón.